

Primeras Jornadas Braudelianas

Francisco Vázquez García*

Aguirre R. Carlos, Ruggiero Romano, Bolívar Echeverría, Immanuel Wallerstein, Paule Braudel y Maurice Aymar. *Primeras Jornadas Braudelianas*. México, Instituto de Investigaciones José María Luis Mora, 1993, 107 pp.

En el prólogo de *La genealogía de la moral*, Nietzsche no tenía reparos en preferir de sus lectores cualidades "bovinas" antes que humanas; les pedía que "rumiasen" sus textos, esto es, que los sometiesen a una lectura pausada y meditada, renovada con tanta asiduidad como fuera necesario. Por desgracia, la obra de Braudel, aclamado como el mayor historia-

dor del siglo que acaba, no parece haber contado con muchos lectores de esta rara especie. La proliferación de presentaciones esquemáticas, exposiciones tan reverentes como apresuradas y descalificaciones iletradas que han pululado alrededor de los escritos braudelianos, ha funcionado como una barrera para la comprensión, y ha servido a más de uno como coartada para ahorrarse el paciente examen de la obra.

Frente a este panorama, las intervenciones de las Primeras Jornadas Braudelianas, celebradas en México entre el 7 y el 11 de octubre de 1991 y recientemente publica-



IZTAPALAPA 32

das, son un acicate para leer de nuevo y detenidamente los textos del eminente historiador francés. Estas contribuciones, por su familiaridad con la obra y los modos de investigación braudelianos, el rigor de los análisis propuestos y la lucidez de las comparaciones realizadas, sirven, entre otras cosas, para dismantelar esa imagen estandarizada y abstracta del pensamiento de Braudel.

Si algo tienen en común los seis ensayos que integran el volumen, es su capacidad para ofrecer el legado teórico del maestro, no como un conjunto de reflexiones más o menos externas que el historiador superpuso a su labor empírica, sino como herramientas forjadas en el curso mismo de la investigación y la organización del material. Hay un "estilo Braudel" en el modo de percepción historiográfica, un arte que no sólo se manifiesta en la escritura, sino también en la manera de pronosticar, de enseñar, de emprender iniciativas institucionales en el campo de las ciencias sociales, de modelar la existencia misma del investigador.

El primer ensayo, titulado "Dimensiones y alcances de la obra de Fernand Braudel", a cargo del profesor mexicano Carlos Aguirre Rojas, autor también de la presentación general del libro y de la atinada traducción de las ponencias no pronunciadas en español, es un ejemplo de esa capacidad antes mencionada. Escrita sin duda con la pasión lúcida del discípulo, esta excelente síntesis de las aportaciones intelectuales de Braudel sólo ha podido confeccionarse desde una prolongada familiaridad con su obra. Esta proximidad permite entre otras cosas arrumbar el manido tópico que consiste en contraponer la riqueza descriptiva de los textos históricos de Braudel con la fragilidad teórica de sus contribuciones.

Frente a este lugar común, el ensayo de Aguirre demuestra que los conceptos braudelianos no son simplemente artificios cuyo alcance se limitaría a la función heurística de ordenar el material recogido permitiendo su presentación escrita. A través de estas nociones, formuladas sin duda a partir de las necesidades del trabajo empírico, Braudel ha construido toda una teoría social, un modelo coherente que sirve como paradigma para otras posibles investigaciones. Este "sistema Braudel" es explorado desde cuatro entradas distintas.

En primer lugar la teoría de las temporalidades diferenciales y la larga duración, ese bajo continuo del *concerto* braudeliiano. El hallazgo, gestado en *La Méditerranée* y expresado teóricamente en el famoso artículo de 1958, es presentado a menudo por los comentaristas de un modo esquemático y banalizado, debido a un error capital en la interpretación. La "larga duración", como sucede con el conjunto de las nociones braudelianas, no es sin más un concepto, un término al que correspondería una definición; se trataría más bien de un "percepto" —expresión acuñada recientemente por Deleuze y que el recensor se permite utilizar— un modo de mirar que se aprende y modela a través del ejercicio continuado y no por vía de captación intelectual.

Desmantelando otra vez ciertos tópicos al uso sobre el geografismo de Braudel, su conservadurismo y su miopía en la comprensión de los fenómenos revolucionarios, Aguirre destaca el modo nuevo y original en que la teoría de los tiempos diferenciales formula el problema del determinismo histórico. Por una parte la solución de este asunto es desplazada desde el plano vertical donde tradicionalmente se discute (¿cuál es la instancia, el orden de fenómenos que determina

a los restantes?) al plano horizontal (en el interior de cada orden de fenómenos, ¿de qué forma intervienen las determinaciones de larga duración?). Una vez resuelto este interrogante, el problema de la articulación vertical de los distintos niveles queda reformulado con mayor rigor y complejidad, a salvo de jerarquías universales y esquemáticas.

La segunda apertura franqueada por Aguirre se refiere a la "historia global", otro concepto braudeliano que se manifiesta en la capacidad para contemplar el fenómeno más restringido y de detalle —piénsese *v.gr.* en las páginas de *La Méditerranée* dedicadas a la piratería— desde las coordenadas más generales. No se trata de construir esa historia universal de corte rankeano que recorrería el devenir de la humanidad en todas las épocas. La historia global es casi un *a priori* de la investigación, un "horizonte", por usar un término que viene de la fenomenología: percibir cualquier proceso histórico desde la totalidad social en la que se emplaza y que permite dar cuenta de su especificidad. El correlato institucional de este postulado epistemológico se expresa en la voluntad de "desdisciplinar" a las ciencias humanas, eliminar sus barreras en esa perspectiva global que el último Braudel designó con el nombre de "interciencia".

La tercera entrada en el "sistema Braudel" pasa por subrayar la unidad orgánica de su obra. Una armonía no sólo temática sino también conceptual, manifiesta en los momentos mayores del contrapunto braudeliano: *La Méditerranée, Civilisation Matérielle, Économie et Capitalisme* y *L'Identité de La France*.

Resumiendo la unidad de proyecto que recorre a estos trabajos, la función de cada uno de ellos en el pensamiento histórico de Braudel, Aguirre revela la

complementariedad teórica de los conceptos que vehiculan (geohistoria, civilización material, economía-mundo) poniendo de nuevo en solfa las interpretaciones que insisten en la dispersión y debilidad teórica del historiador francés.

Para terminar, el ensayo se detiene en las "micro-revoluciones", las sacudidas que Braudel ha provocado en el saber histórico contemporáneo. Se trata de esas generalizaciones de nivel medio que han marcado nuevos senderos en la comunidad científica de los historiadores (*v. gr.* la refutación braudeliana de la tesis que sostenía la inmediata decadencia histórica del Mediterráneo) y han convertido a la investigación del pasado en un imprescindible diagnóstico del presente (*v. gr.* la valoración braudeliana de la crisis económica de 1973). Siguiendo la estela, Aguirre desarrolla y extrae las enseñanzas de una de estas sacudidas propiciadas por el maestro, situando así en perspectiva de *longue durée* el problema de la polimorfa identidad civilizatoria de América Latina.

Mucho más polémico en su intención y forma es el siguiente ensayo, "1949: Nacimiento de un gran libro: *El Mediterráneo* de Fernand Braudel", escrito por Ruggiero Romano, eminente especialista en historia económica y asiduo colaborador del historiador lorenés. *La Méditerranée* es presentada como una de las obras más importantes, no sólo de la investigación histórica, sino del pensamiento contemporáneo. En el campo historiográfico este texto inaugura un nuevo estilo, en el que brilla la extraordinaria capacidad de síntesis, de poner en conexión los hechos y situaciones más dispares. Esta virtud se corresponde con la prodigiosa intuición braudeliana, asentada en una permanente voluntad de globalidad, capaz incluso de

adelantarse con unos pocos datos a la investigación exhaustiva de un fenómeno, presentando conjeturas y estimaciones sobre el mismo cuya sorprendente exactitud revelarán más tarde los trabajos de otros colegas.

Romano entra en polémica desde el principio, desmontando falsas lecturas de *La Méditerranée*, como la que identifica a este libro con un manifiesto contra el acontecimiento y la historia política, la que acusa a Braudel de determinismo geográfico, la que percibe en el texto una total falta de articulación entre el tiempo corto y las otras duraciones. Se insiste sin embargo en el carácter fundador de la *opera prima* braudelianna, cuya virtud innovadora se extendería incluso al campo de la historia política; esa historia de las estructuras de poder a la que se refirió Le Goff no hace muchos años se encontraría *in nuce* en las páginas de *La Méditerranée*.

A pesar de que primen las reverencias, Romano no ahorra las críticas al texto de Braudel: excesivo privilegio de la cuantificación, incompleta integración de lo político en la multiplicidad temporal. En cualquier caso, *La Méditerranée* presenta prefigurada la batería de conceptos que hacen de su autor el creador de un nuevo estilo historiográfico de largo futuro: articulación espaciotemporal, larga duración, economía-mundo. Después de este libro, el lenguaje de los historiadores, las formas mismas de la sensibilidad histórica, "el espacio y el tiempo" no volverán a ser los mismos.

A la hora de valorar la recepción del legado intelectual abierto por *La Méditerranée*, las tintas de Romano se endurecen, adoptando en ocasiones la forma de un juicio solemne, por el que se distingue el mérito de los discípulos críticos pero siempre fieles, frente a

la traición de los herederos réprobos. En el primer grupo se incluye a los que han aplicado, aun alterándolo, el paradigma conceptual braudeliiano: Aymard, Chaunu, Morineau, Ruiz Martín. En la estirpe de los heréticos se encuentran las maneras y los nombres de la *nouvelle histoire*: el retorno del acontecimiento (v. gr. el episodio de Bouvines estudiado por Duby), el menosprecio de la historia económica y social y el éxito de una huera antropología histórica (v. gr. Burguière).



la renuncia a la historia total, la insistencia en explorar nuevos temas sin renovar los modos de aproximación. Aunque se reconoce la relevancia aislada de algunos de los trabajos producidos en la órbita de la *nouvelle histoire* —se menciona a este respecto *La Naissance du Purgatoire*— no se duda en emitir un veredicto negativo sobre ella, contraponiendo el afán de lucimiento y exhibición mediática de sus representantes, frente al trabajo oscuro y modesto de los auténticos descendientes de Braudel (Toubert, Bresc, Morineau, Dagron).

Los dos ensayos que siguen, “El concepto de capitalismo en Braudel y en Marx”, del profesor mexicano Bolívar Echeverría, y “Braudel sobre el capitalismo o todo al revés”, a cargo del colaborador y discípulo estadounidense del maestro, Immanuel Wallerstein, comparten una temática común. En ambos casos se trata de especificar la aportación intelectual braudeliana a la hora de comprender el significado histórico del capitalismo, tomando como referencia privilegiada el texto de *Civilización material, economía y capitalismo*, publicado íntegramente en 1979.

Partiendo de esta obra, Echeverría opta por la comparación a la hora de precisar la noción braudeliana de capitalismo, contrastándola con la ofrecida por Marx en *El Capital*. Sin el lastre de la erudición y las cifras textuales, el análisis presentado, denso y riguroso, apunta siempre a lo fundamental. Se ponen de relieve las obvias diferencias de intención entre Marx y Braudel, subrayando las dificultades que se presentan a la hora de delimitar una zona conceptual común a ambos. En los dos autores, no obstante, se reconoce el papel vertebral que desempeña el capitalismo en las sociedades modernas, y se expresa la

necesidad de explorarlo dando primacía explicativa a la larga duración y especificando la multiplicidad de instancias que configuran el mundo histórico. En esta trama, la instancia material-económica se revela como elemento organizador.

Con el propósito de llevar al límite las posibilidades de diálogo entre Marx y Braudel, frente a las lecturas que acentúan unilateralmente su incompatibilidad, la comparación se detiene en dos aspectos que parecen dificultar esta puesta en comunicación.

Primer problema: ¿qué representación de la realidad sociohistórica establece el *topos* donde se emplaza el capitalismo? Tanto Braudel como Marx presentan un esquema tripartito de la experiencia histórica donde el capitalismo funciona siempre en relación con otros dos planos de comportamiento económico que lo preceden en el tiempo y con los que está condenado a coexistir. Las relaciones de la economía capitalista con los otros dos niveles no son tematizadas del mismo modo en Braudel que en Marx. En el primero, la dominación y enajenación inducidas por el capitalismo en los dos estratos más primitivos imponen una vía torcida a la modernidad que sólo podría corregirse por un utópico retroceso al punto de partida. En el segundo, el capitalismo libera, para bloquear después, el desarrollo de las fuerzas productivas, frenando de nuevo las posibilidades de realización de la especie humana. La utopía pasa por una acción en el presente, un gesto que toma cuerpo en el compromiso revolucionario.

En segundo lugar, Echeverría examina uno de los asuntos más discutidos en la confrontación de ambos autores. Ante las descalificaciones aceleradas, formuladas por más de un intelectual que se reclama deudo

del marxismo, que acusa a Braudel de encerrar al capitalismo en el saco de la circulación mercantil (fetichismo de la circulación) y de ignorar por tanto la dinámica de los modos de producción, el ensayo de Echeverría debería servir de antídoto y de manual de estilo. Con serenidad spinozista, sustituyendo la pasión de detestar o de entusiasmarse por la pasión de comprender, se exploran y explican detenidamente los argumentos y objetivos —distintos pero nunca incompatibles con los de Marx— que llevan a Braudel a localizar al capitalismo en el ámbito de la circulación, espacio de gestación y de inserción propio de este sistema de conducta económica. Obviamente el historiador francés no niega que la Revolución Industrial sólo fue posible cuando el capital encontró en los procesos productivos un lugar formidable para incrementar sus ganancias. Sin embargo, aparte de que la exposición braudeliana se detiene precisamente en el umbral de esa época, se considera esta circunstancia como una contingencia explicable a partir de las alteraciones que afectaron en ese periodo a otros niveles de la vida social (crecimiento demográfico, revolución técnica), una eventualidad cuya trascendencia no contradice la idea de que el territorio estructuralmente apropiado para el capitalismo fue siempre el de la circulación.

A la hora de especificar la contribución braudeliana para aclarar el significado histórico del capitalismo, el trabajo de Wallerstein, prolongando la tesis sostenida en otros escritos anteriores suyos, prefiere extraer lecciones de diagnóstico de la actualidad antes que seguir con la comparación. La comprensión del capitalismo en Braudel parece invertir por completo los modos habituales de entender este sistema

económico, especialmente los que proceden de la tradición liberal y del marxismo.

Por una parte Braudel escinde y convierte en antagónicos los conceptos de capitalismo y de libre mercado. Lejos de potenciar las fuerzas del mercado autorregulador o de identificarse con ellas —como se ha sostenido desde Adam Smith hasta Polani— las prácticas de la especulación capitalista, desatadas desde el *Fernhandel* de la época moderna, no han hecho sino generar monopolio y bloquear la libre competencia, arruinando el equilibrio entre la oferta y la demanda. En este cuadro, la posición del Estado se presenta como ambivalente; puede jugar a favor de la tendencia monopolista propia del capitalismo —no otra cosa han hecho las grandes burocracias estatales en los países de socialismo real— o a favor del mercado, regulando la dinámica de los precios.

En segundo lugar, la obra de Braudel disocia la equivalencia que suele hacerse entre el incremento de la especialización en las tareas económicas —como parte integrante del proceso creciente de división del trabajo en las sociedades modernas— y el desarrollo del capitalismo. Muy al contrario, lo característico de ese tipo de sujeto económico que es el capitalista, es su falta de especialización, coherente con la extraordinaria ductilidad y adaptabilidad del capital, cuya dinámica está exclusivamente en función de su propia acumulación, sin poseer *a priori* un área privilegiada de inserción.

Después de especificar las distinciones conceptuales braudelianas que fundamentan un nuevo modo de pensar el capitalismo —“al revés”, como dice Wallerstein— se extraen de ellas las enseñanzas que permiten realizar un esclarecedor y original diagnóstico de la

compleja situación económica y política del mundo en la actualidad –¡cuánto aprenderían de Braudel esos analistas del día y esos periodistas tan aquejados de miopía histórica y de lecturas apresuradas!–. El derumbe de los estados comunistas, la insurgencia virulenta de los nacionalismos, el apogeo del capitalismo financiero y los desfallecimientos del capitalismo industrial, son situados en un cuadro de interpretación tan coherente como bien informado. Una vez más, el teleobjetivo de Braudel, graduado en la larga duración y a escala intercontinental, ha vuelto a dictar la lección de lo que pasa bajo nuestros pies.

Las dos últimas conferencias completan, desde ángulos diferentes, el ciclo dedicado al maestro. La primera, a cargo de la esposa del historiador, Paule Braudel, “Braudel antes de Braudel”, ofrece el contrapunto de la experiencia vivida, después de varios ensayos dedicados al análisis de la obra. Lejos de figurar como pura anécdota testimonial, la descripción de la génesis biográfico-intelectual de *La Méditerranée* ofrecida en esta intervención, es sin duda una de las perlas mayores de estas brillantes Jornadas Braudelianas.

Con formidable plasticidad se pintan los detalles, el estilo de investigación y las recetas cotidianas del oficio tal como lo practicaba Braudel antes de convertirse en un “autor”. En esta gestación del arte braudeliano, manifiesta en su primera y laboriosa obra, varias veces redactada y recomenzada, desempeñan un papel capital cuatro experiencias cruciales que atraviesan la vida del historiador: la experiencia de las rutinas campesinas, adquirida en la aldea natal durante la infancia; la experiencia africana, argelina, que le permite conocer la civilización islámica, las

inmensidades del desierto y tener una perspectiva del Mediterráneo desde su orilla sur; la experiencia brasileña, que le ayudó a imaginar, en pleno siglo xx, las formas de vida de las sociedades tradicionales europeas; la experiencia del cautiverio durante la guerra, que determinó decisivamente el *pathos* contemplativo y el estilo de *La Méditerranée*.

En el relato de estos episodios se siguen de cerca los trabajos y los días de Braudel, el placer de los archivos y del tiempo irrecuperable, las amistades y el aislamiento del mundo académico, una memoria imponente, que parece salida de un cuento de Borges, las dificultades en la redacción de su primera obra. Éstas sólo quedarían resueltas con la invención de la multiplicidad temporal como principio organizativo. Este recurso de composición, este nuevo modo de percibir, bellamente presentado por Paule Braudel mediante una analogía con la percepción pictórica –el propio Braudel comparaba su estilo de trabajo con el de Matisse– será el principal legado ofrecido por *La Méditerranée*.

El ensayo que cierra el volumen, “El itinerario intelectual de Braudel”, de Maurice Aymard, es un complemento inmejorable de la intervención anterior. Se trata de describir las líneas maestras y las etapas fundamentales del trayecto intelectual de Braudel a partir de 1949, tras la publicación de su primera obra. Se expone el tránsito de la soledad al protagonismo, el periplo que lleva a Braudel a convertirse en el timonel de la historiografía francesa durante la segunda mitad del siglo en curso. Este paso se expresó en la confección de un programa de política científica emprendido por Braudel con la intención de renovar los estudios históricos, abriéndolos al diálogo con las

demás ciencias sociales y a las exigencias de la vida en las sociedades modernas. En cualquier caso, el programa en cuestión no es un episodio externo respecto al pensamiento braudeliano; forma parte del mismo tanto como la teoría de los tiempos diferenciales o el concepto de economía-mundo.

El proyecto de Braudel, que tiene su tiempo fuerte en esa etapa de frenética actividad institucional e intelectual que va de 1957 a 1967, se compone según Aymard de tres iniciativas preferentes: desarrollo de investigaciones históricas a partir del paradigma sugerido por *La Méditerranée*; organización del diálogo y del trabajo compartido con otras ciencias sociales, e intento de reformar la enseñanza de la historia en todos los niveles del sistema educativo. En el curso de estas tareas, con desiguales resultados en cada caso, Braudel derrochó un esfuerzo extraordinario, manifiesto a la vez en textos escritos—como *Le Monde Actuel* o los numerosos artículos metodológicos de estos años—y en intervenciones de orden institucional—desde la VIª Section que fundara en 1947 junto a Lucien Febvre hasta la *Maison des Sciences de l'Homme* o la presidencia en el tribunal de la *Agrégation*.

En la exposición de la singladura intelectual de Braudel, Aymard bosqueja una válida periodización y establece con rigor las continuidades y las alteraciones, los periodos de silencioso trabajo—entre 1969 y 1979 aproximadamente— y de bullicio, identificando

siempre a la obra braudeliana con una respuesta del saber histórico ante los desafíos de su época—como la revolución cultural de 1968 o la crisis mundial de 1973.

Desde ángulos diferentes, y con innegables afinidades electivas entre sí, las distintas intervenciones de las Jornadas Braudelianas de 1991—que en nada desmerecen y en mucho superan a otras celebraciones de índole semejante—ofrecen, en general, un cuadro completo y coherente del pensamiento del maestro. Cualquier lector pensaría, después de cerrar el volumen, que los autores se habían puesto previamente de acuerdo para atravesar, de forma complementaria, las distintas entradas del “sistema Braudel”. Para redondear aun más las Jornadas, habría convenido incluir, tal vez, algún ensayo dedicado específicamente a comentar *L'Identité de la France*, obra postrera e inacabada, cuyo único volumen publicado fue objeto en su momento de la acertada recensión crítica de François George, aparecida en *Critique* en 1986.

Esta ausencia, justificada probablemente por la condición incompleta e interrumpida, del último texto de Braudel, no empaña el alcance del trabajo realizado. Las innovaciones teóricas y el espectáculo del Mediterráneo, la voluntad de federar a las ciencias sociales y el gozo en los archivos, el significado histórico del capitalismo y el diagnóstico de la actualidad, la experiencia de la soledad y las relaciones públicas de un *empire builder*. Todo Braudel está en el libro.